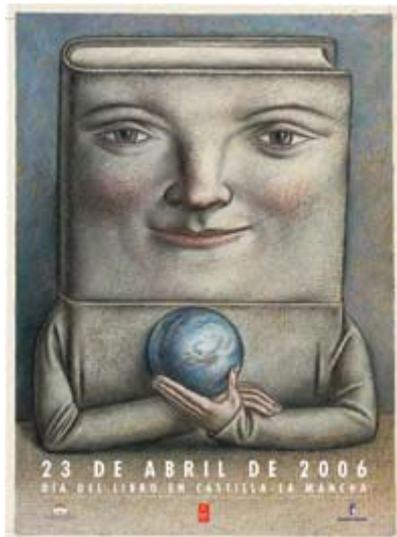


Mensaje para celebrar el día del libro en Castilla-La Mancha 23 de abril de 2006

Es un fenómeno familiar y maravilloso el de la escritura. Familiar, porque ya no nos asombramos de las letras y de su lectura. Pero los ojos habían ido naciendo, poco a poco, al ritmo de la luz del sol, y a su medida. Unos ojos, como los otros sentidos, transformándose en ventanas por las que penetraban las imágenes de las cosas, las apariencias; por donde penetraba el mundo.

Y maravilloso también. Porque esos ojos, hechos para la luz y los colores, y para abrirnos a la existencia, nos abrieron a la maravilla de otra luz, que nos envolvía en el prodigioso universo de la lectura. No eran ya colores, espacios lejanos, nubes, árboles, seres humanos, los que veíamos. Nuestra mirada tenía ya otra función, otro espacio, próximo a nuestras manos, y que se concretaba en la pequeña hoja de papel, donde se hacían presente las letras. Un pequeño rectángulo, poblado de signos, aún más pequeños, nacidos ya de la cultura, de la creación de los seres humanos, y ceñidos a ese mínimo espacio que ofrecía, a la visión del lector, el sorprendente estallido de otros mundos ideales y, sin embargo, más reales todavía, que aquel que, hace millones de años, había empezado a dejarnos ver la naturaleza.

A nuestra mente se le presentó, de pronto, hace no mucho tiempo, un cielo nuevo, unos soles nuevos, un universo nuevo, más próximo, más cálido, más humano, y en el que se abría el diálogo de las palabras, que otros nos dejaron como herencia, y a los que jamás podremos devolver esa dádiva inagotable; esa infinita amistad. Sólo leyéndolos.



EMILIO LLEDÓ